

Breve historia del libro electrónico (I)



El lanzamiento del Sony Reader reabre, una vez más, la polémica sobre la muerte del libro, su sustitución progresiva o su convivencia pacífica. Lo cierto es que la breve historia del libro electrónico está repleta de fracasos y aciertos.

Entre los años 1999 y 2006 hemos vivido, seguramente, la fulgurante y brevísima historia de la primera fase del libro electrónico. Multitud de dispositivos nacieron, se lanzaron, se intentaron vender, fracasaron y desaparecieron, todo en el cortísimo plazo de cinco o seis años. Las leyes elementales de la promoción dicen que cualquiera sea la cosa que se lance e intente vender, debe hacerse pasar por insustituible e imprescindible y, si cabe, debe suplantarse su identidad para hacerse pasar por lo que no es (cuánto sabemos de esto los lectores que nos enfrentamos a los centenares de novedades comerciales lanzadas por las editoriales que se quieren hacer pasar por suceso editorial de primer orden). Es cierto que en la brevísima historia del libro electrónico hubo demasiado de promoción y poco de reflexión sobre las necesidades estructurales verdaderas de los posibles receptores, que la inercia de la tecnología y sus descubrimientos ignoró esa regla básica que dice que no ha habido invento en la historia que se haya asumido plenamente sin que haya habido necesidad de hacerlo (las oficinas de patentes son testigos mudos de la multitud de inventos innecesarios que concibe el hombre), que las guerras de las incompatibilidades y las tecnologías propietarias llevaron a un callejón sin salida a la mayoría de los dispositivos, que además, sólo servían para un propósito -de ahí la horrible denominación de dispositivos dedicados-, el de leer textos en el formato propietario del mismo fabricante que había construido el dispositivo, que la oferta de títulos que podían descargarse de la red -en sitios, la mayor parte de las veces, propiedad de los mismos fabricantes- era escasa y poco atractiva. Todo eso es cierto y, de hecho, ¿quién se acuerda de ya del [Rocket ebook](#), del [Softbook](#), de [Librius](#), de [Everybook](#), del [Glassbook](#), de los dispositivos de Gemstar, del contraataque francés, [Cytale](#)? (no intenten seguir ningún enlace, ya no existen).

Por decirlo todo: existen todavía muy pocos textos digitalizados o disponibles en línea; muy poca gente, en términos globales, dispone de los conocimientos o del equipo informático necesario para realizar las operaciones necesarias; el seguimiento de los enlaces hipertextuales puede abocar a una lectura caótica, la lectura hipertextual puede desorientar más que enriquecer; no se sabe, todavía, cómo se preservarán los textos, cómo han de clasificarse y protegerse; en buena medida no eliminarán el papel. Muchos de los métodos en línea obligan a

imprimir el texto digital. El trabajo se traslada de la editorial al consumidor; se puede estropear fácilmente; el soporte es rígido y la relación que mantiene con el lector, de momento, algo exótica. Su aspecto electrónico puede chocar, al principio, a la percepción, resultar en una experiencia chocante y estrambótica.

¿Significa todo eso que el libro electrónico es como un fuego artificial que se consumirá en su propia deflagración? No lo creo. Más en el segundo capítulo.

9:10 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Breve historia del libro electrónico (II)

El que se llamara inicialmente Open eBook Forum (OeBF), hoy [International Digital Publishing Forum](#) (IDPF), puso en evidencia la necesidad de acabar con la guerra de formatos y soportes propietarios para dotar a los futuros libros electrónicos de mayor versatilidad y flexibilidad.



Como la mayoría de las guerras en torno a los soportes y los formatos, se empieza creyendo en la autosuficiencia y la imbatibilidad y se acaba asumiendo la necesidad de comunicación y compatibilidad. En buena medida, parte del fracaso de los primeros libros electrónicos se debió a su empecinada lucha por la imposición de formatos propietarios en un mundo en el que el [XML](#) se concebía para todo lo contrario, para permitir el intercambio de información y datos en la web y entre aplicaciones diversas. De hecho, las últimas especificaciones técnicas elaboradas y difundidas por la IDPF, el [Open eBook Publication Structure Container Format](#) (OCF), está basado en gran medida en la utilización de metadatos construidos en XML. Esto sitúa la competencia entre los dispositivos en otro terreno: si ya no se trata de imponer de manera suicida un formato propietario y autista, se basará, en todo caso, en las prestaciones, servicios, legibilidad y portabilidad mejoradas, etc. Todos ganamos con eso, y los fabricantes se aplican en investigar sobre la experiencia lectora, como hace el [HP Digital Media Viewer](#) -y llegando a la sorprendente (o no tanto) conclusión de que el dispositivo electrónico debe reproducir exactamente la experiencia lectora que tenemos al leer un libro en papel (incluso al pasar las páginas)-, o sobre la polivalencia y versatilidad del soporte, como hace el [Sony Reader](#) -convertido en un reproductor multimedia al que sólo le falta la conexión inalámbrica (olvido paradójico en un objeto que aspira a mejorar la autonomía y la portabilidad).



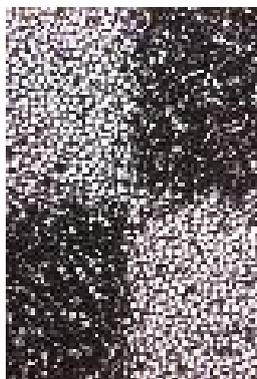
Las cosas, claro, no acaban aquí, porque la tendencia parece claramente apuntar hacia soportes que integren todas las capacidades de reproducción de distintos formatos conocidas -texto, imagen estática, video, música-, que permita la comunicación y la conexión inalámbricas, que se convierta en almacén de nuestra memoria -agendas, PDAs, etc.-, que sean portables, legibles y maximicen su autonomía. Eso es lo que están haciendo ya fabricantes como [Polymervision](#) y [Toshiba](#), entre otros.



Los libros electrónicos, ya va siendo hora de decirlo, pueden generar una experiencia lectora más rica, al integrar sonidos, imágenes y enlaces hipertextuales que rompen con la experiencia de la racionalización y lectura lineales; nos proporciona mecanismos de búsqueda, de marcado, de vuelta atrás, de forma que la localización de los nombres, términos o conceptos es mucho más sencilla; son soportes que pueden almacenar gran cantidad de información, de distinta naturaleza y formato; proporcionan canales de comunicación simultáneos, de forma que el soporte es, además, una pasarela de comunicación que puede gestionar la descarga y adquisición de sus propios contenidos. No me parecen pocas ventajas, desde luego.

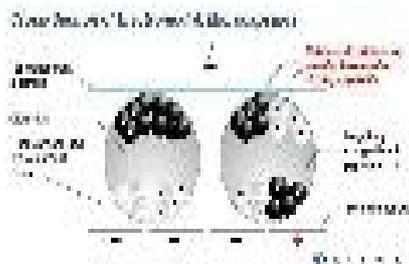
6:01 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Breve historia del libro electrónico (III)



Cuando Gutenberg entintó las primeras planchas haciendo uso de un rodillo, realizó un uso peculiar de un elemento que hasta entonces había servido para que la punta biselada del cálamo se sumergiera regularmente en el tintero y manchara el papel. ¿Por qué deberíamos resistirnos ahora a hacer un uso distinto de la tinta, cuando los soportes y los modos de producción han cambiado?

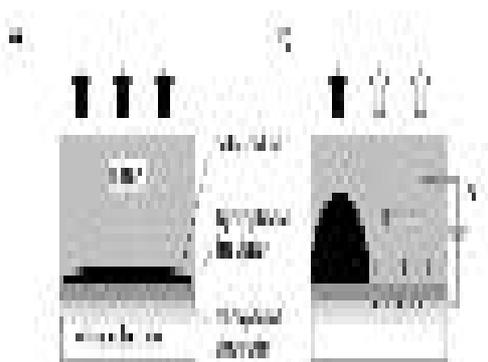
Es probable que un futuro no muy lejano dejemos de ir todas las mañanas al kiosco para comprar el periódico -si es que lo compramos- o renunciemos a recibir el ejemplar gratuito que postran en nuestras manos en el acceso a un transporte público. Es probable, claro, que el hábito social bien arraigado en determinadas culturas de salir fuera a encontrarse con las noticias del día no decline tan rápidamente y se resista a dejar paso a una tecnología que no obligaría, al menos de manera ineluctable, a salir a la calle -tampoco lo impediría, claro-. ¿Nos resultaría muy difícil o insoportable imaginar que una vez que nos levantemos de la cama y nos preparemos un café dispongamos de una hoja de papel electrónico cuya tinta digital pueda configurarse y reconfigurarse tantas veces como sea necesario para componer la página de un periódico o, en realidad, de cualquier otra clase de contenido escrito o animado -sí, animado- que quisiéramos consultar? ¿sería tan costoso imaginar ese mismo acto podríamos realizarlo en cualquier otro sitio siempre y cuando el fabricante hubiera tenido la precaución de instalar una conexión inalámbrica en el dispositivo, que de esa manera la prensa sería ubicua y la información omnipresente?



La [tinta digital](#) -un invento ya "antiguo" de [Joe Jacobson](#)- promete, potencialmente, en su asociación con un nuevo soporte -el [papel](#)



digital-, realizar este milagro: que el papel no sea ya el contenedor o el soporte de una sola escritura registrada de una vez para siempre en la página y que la tinta no sea ya una estampación imborrable, indeleble. ¿Que eso atenta contra la concepción de los periódicos, revistas y libros tal como lo hemos conocido hasta ahora? En gran medida, sí, claro, no nos engañaremos. ¿Es eso intrínsecamente malo? No, por supuesto, al contrario, se abre un mundo de posibilidades, entre las que no será la menor la de la posible integración de elementos multimedia y grabaciones audiovisuales sobre el papel digital, tal como promete por ejemplo [Philips \(Video on e-paper\)](#). Estamos hablando de libros electrónicos más allá de los libros electrónicos, de que es posible que una de las razones por las cuales el libro electrónico como tal no haya cuajado sea la de que la tecnología que lo sucederá ya está aquí, superándolo, culminando sus propias promesas.



12:40 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Los editores no desaparecen ni se evaporan, se transforman

Inge Schoental, más conocida por Inge Feltrinelli, viuda de Giangiacomo Feltrinelli, ha declarado en [El País](#) del martes 19 de diciembre: "El gran editor ya no volverá", lo que suena a, los grandes dinosaurios ya no regresarán. ¿Es eso malo?

[Gingiacomo Feltrinelli](#) llevó hasta sus últimas y más erróneas consecuencias la militancia política e intelectual que primero intentó conducir, sabia, arriesgada y tenazmente, de manera no violenta, con la palabra, a través de sus libros. En [Senior Service](#) su hijo, Carlo Feltrinelli, da cumplida cuenta de ello. Ética y estética estaban indisolublemente entrelazadas y el editor era más que el enlace desquiciado y neurótico entre el departamento comercial y los autores, entre el departamento de comunicación y sus lectores. Cada libro buscaba hacerse su público, crear una opinión, generar un debate, ilustrar una idea, generar un movimiento, respaldar una propuesta, arriesgar una utopía, pero esos eran, claro, otros tiempos, incluidos los de su mujer, Inge Feltrinelli, que para cabalgar la ola de la modernidad decidió -con acierto, todo hay que decirlo- que la comercialización de sus libros no podía depender del albur de un distribuidor ajeno a sus propios intereses, de manera que decidió crear su propia cadena de librerías vascularizando el tejido comercial hasta el último rincón de Italia, y hoy factura 300 millones de euros en sus librerías. La [editorial Feltrinelli](#), por su parte, factura 60 millones de euros más.

"Los grandes personajes -dice Inge Feltrinelli- de la edición, Rowolth, Gallimard... ya no existirán más. Era todo otro sistema: no había agentes literarios, se producía mucho menos, el editor era el protagonista. Esos editores de gran personalidad, que trataban a sus escritores como a hijos, ya no existen. Todo eso ya no volverá. Los editores de hoy no conocen a nadie, todos provienen de grandes industrias. Ahora todo se ha mercantilizado en extremo. Todo es *marketing* cultural".

Es posible que, como los dinosaurios, los grandes editores ya no existan y nuevas especies más pequeñas y retráctiles, más versátiles y más ágiles y rápidas, más dispuestas a adaptarse al entorno, hayan ocupado su lugar, pero hay algo que nunca dejarán de compartir: "defender y conservar los valores más antiguos y tradicionales de la edición, esto son, la defensa y promoción de las vanguardias artísticas, pasadas y futuras; el respaldo y lanzamiento de nuevas voces y tendencias; la asunción del riesgo inherente a las inversiones de naturaleza cultural; la estricta observancia del ciclo largo como horizonte de posibles beneficios, el futuro como meta de la producción; la edición de obras que tienen que hacerse su público, que son performativas y que, por tanto, carecen de las supuestas seguridades que otorga el adaptarse a los gustos precocinados del público, que se acomodan y ajustan al tema del día; la publicación de libros con aliento y vocación de long sellers" (y me cito a mí mismo que soy el autor más interesante que conozco).

17:22 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Tú eres el editor del año



La revista [Time](#) te ha elegido como personaje del año. Sí, has leído bien, te ha elegido a tí como personaje del año, y a mí, y a cualquier otro que contribuya con su esfuerzo a dotar de contenidos, casi siempre desinteresadamente, a la Web 2.0, a esta nueva versión de la web que se constituye en soporte de una nueva economía global del conocimiento y que no es otra cosa que la consecuencia lógica de poner en manos de una comunidad los medios de producción necesarios para expresar y difundir sus ideas.

Aunque parezca un lenguaje caduco y pasado de moda, la analogía marxista sirve para entender el fenómeno: desde el momento en que la comunidad científica, locomotora de la edición digital, tuvo en sus manos las redes y las herramientas para poner en común sus dudas y descubrimientos -Internet y las aplicaciones que lo permiten, desde el wiki al blog al CMS-, los procesos y procedimientos editoriales comenzaron a transformarse aceleradamente. Llevada la lógica a sus últimas consecuencias, los servicios de una editorial y de sus redes comerciales son enteramente prescindibles -véase el caso de [PLOS-](#), no así el de sus conocimientos y pericias. Cuando se populariza el acceso a la web y las herramientas de edición colaborativa son de dominio común, explota la web hasta el punto en que es necesario redefinirla. Y todo porque tú y yo nos podemos convertir en editores potenciales y autónomos.

¿Qué tienen en común, por ejemplo, [Harriet Klausner](#), [Simon Pulsifer](#) o [Michael Hart](#)? (y doy nombres extranjeros para no entrar en polémicas nacionales): que siendo personas anónimas, sin relevancia académica o mediática alguna, y haciendo uso de las herramientas de la edición online, se han convertido, respectivamente, en la crítica literaria norteamericana más temida; en el enciclopedista más apasionado de la historia después de Diderot y en uno de los editores virtuales de más largo aliento, haciendo uso del patrimonio público para devolvérselo, digitalizado, al público.

Anímate, tú también eres (puedes ser) el editor del año.

8:19 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Cuento (editorial) de navidad

Como muchos cuentos de navidad, la acción transcurre lejos y los personajes nos son, en buena medida, ajenos, pero la trama y las consecuencias que de ella se desprenden nos atañen y nos conciernen como si de un asunto propio se tratara. Así puede leerse la controversia nacional que esta navidad se ha suscitado en Alemania en torno a la editorial [Suhrkamp](#).

[Siegfried Unseld](#) fundó y dirigió con tesón y puño de hierro la editorial alemana más prestigiosa, Suhrkamp Verlag, vanguardia del pensamiento crítico y baluarte de las vanguardias artísticas. Su sello, un verdadero laboratorio de ideas, posee un catálogo exuberante y está poblado de autores internacionalmente premiados. Su prestigio se construyó prácticamente sin concesiones a la galería, sin indulgencia con los gustos de la época. Como editorial de ideas, cada libro tenía que hacerse su sitio, buscar sus lectores, al revés de lo que los manuales básicos de marketing recomiendan.

Tras su muerte, hace ahora cuatro años, se desataron las [tormentas de la sucesión](#). Su mujer, Ulla Unseld-Berkéwicz, se hizo con las riendas de la editorial no sin dejar a su paso una estela de cadáveres y una sonada ruptura con el hijo de Siegfried, Joachim (con el que el padre había también roto tiempo atrás).

Ulla ha sido acusada de utilizar brujas (sí, he escrito brujas) para atemorizar y hechizar a sus enemigos internos y externos, de incurrir en gastos desorbitados, de desarbolar a la vieja guardia editorial y de realizar un tránsito editorial cuestionable a la *new age*. No pocos autores han decidido, en ese camino del calvario, abandonar la nave.

En este cuento ejemplarizante no deben faltar los (supuestos) espíritus maléficos que desean hacerse con el control de la editorial en forma de accionistas casi anónimos representantes de grandes empresas. El 29% de las acciones de la editorial pasarán el 1 de enero de 2007 a manos de dos promotores de Hamburgo que han adquirido su parte a la histórica familia Reinhart. En Suhrkamp temen que esa incursión desnaturalice su catálogo pretendiendo controlar su línea editorial.

Hasta tal punto se toman estos asuntos en serio en Alemania que se ha convertido en un verdadero asunto de debate público, en un tema que afecta al patrimonio intelectual e histórico de un país, y por eso, los principales escritores e intelectuales -[Ulrich Beck](#), Martin Walser, Christa Wolf, etc.-, abogan por una reinvenición del sello que redefina su línea programática ateniéndose a los mismos valores que sirvieron para fundamentar y propagar su prestigio. Igualito que aquí.

Tenemos, pues, casi todos los personajes de esta historia navideña y ejemplarizante que parece más bien gótica pero que encierra una lección: un espíritu fundador y desaparecido; un heredero despechado; una viuda hechicera; un montón de cadáveres andantes; unos compradores anónimos que quieren cambiar el rumbo de la editorial; un grupo de intelectuales militantes que no se conforman con que un sello editorial, bastión de las ideas y movimientos artísticos de vanguardia durante decenios, se malogre. ¿Cuál será el desenlace? Lo

veremos a partir del 1 de enero próximo. Mientras tanto, no me queda otra cosa que desear que nuestros intelectuales se inmiscuyan de la misma manera en la definición de lo que un sello editorial -algunos sellos editoriales- deberían significar.

10:36 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Los libreros en la tormenta o por qué se equivocan de enemigo

Hablamos mucho de Google, de su programa de digitalización, de lo que eso puede suponer para la industria editorial, de sus aspectos técnicos, económicos y legislativos, pero, ¿alguien ha reparado que Amazon, el gran librero de la red, lleva haciendo lo mismo durante años?

Si somos usuarios de internet y compradores habituales de [Amazon](#) -yo lo soy, y las recomendaciones que me hace como cliente habitual suelen ser pertinentes y acertadas- sabremos ya que desde hace tiempo disponemos de un servicio adicional que en inglés se denomina "Search inside" y en francés, a partir de ahora, "chercher au coeur", más poético que su antecedente anglosajón. El servicio que se nos ofrece es, en mi opinión, extremadamente útil e interesante porque reproduce virtualmente la posibilidad de escrutar el interior del libro, al menos la primera y cuarta de cubierta, la página de créditos y el índice de la obra, de manera que reproducimos en la red, parcialmente, una experiencia que hasta ahora sólo podíamos realizar en la librería tradicional. Para que eso sea factible, claro, la multinacional debe firmar con los editores acuerdos que les permitan digitalizar previamente sus libros para mostrar públicamente sólo aquella fracción que se establezca de mutuo acuerdo. No veo en esto irregularidad jurídica alguna y sí un beneficio para editores y lectores, y no comprendo por qué debería vedarse a una librería virtual el permiso para valerse de una experiencia -la del encuentro íntimo entre el lector y el libro que desea adquirir- que realizamos habitualmente, sin cortapisa ninguna, en las librerías habituales.

Los libreros franceses, sin embargo, no lo comprenden así. En un reciente artículo aparecido en [Livres Hebdo](#), titulado [Amazon au coeur de la tourmente](#) y en otro previo de la misma índole, [Tous chez Amazon.fr](#), se nos informa que las editoriales Dargaud, La Découverte, Ellipses, Les Belles Lettres et Le Petit Futé han firmado acuerdos con el librero virtual para que los usuarios puedan hojear sus libros sujetándose, puntualmente, a la Ley de protección de la Propiedad Intelectual. No estaría de más recordar que la tecnología existe ya aplicada en entornos similares que no son Amazon ni Google, que la British Library la aplica a sus tesoros bibliográficos con [Turning the pages](#), y que mientras no se incumpla la legalidad en materia de protección de derechos, otros vendrán que tarde o temprano lo hagan.

En el diario Le Monde, como contestación a los acuerdos firmados que consideran desleales, los vicepresidentes del SLF ([Syndicat de la librairie française](#)), apareció un artículo titulado [Les librairies dans la tourmente](#) donde se exponen, básicamente, tres quejas, dos sin fundamento y otra sujeta a negociación: en primer lugar, tratan de distinguir entre libreros profesionales y comprometidos y librerías virtuales, distinción banal si tenemos en cuenta que hoy por hoy son sólo éstas últimas quienes tienen posibilidad de exponer y recomendar la gigantesca oferta de novedades y de fondos editoriales que se publican en un país; en segundo lugar, el hecho de que se hayan llegado a acuerdos completamente legales para la digitalización de páginas que podrán visualizarse en la red, entra dentro de lo que un usuario puede esperar de su librero y sólo se comprendería que se prohibiera esta actividad si a partir de la misma fecha todas las librerías normales recibieran los libros retractilados y ningún comprador pudiera abrirlos antes de adquirirlos; en tercer lugar, y es ahí donde debe caber la negociación y se puede comprender parte de la indignación, las condiciones comerciales que impone Amazon en

descuentos y en tarifas de envíos son mucho más bajas que las que un librero independiente pueda nunca recibir pero, ¿alguien se ha parado a pensar que eso ocurre, de la misma manera, exactamente igual, en el mundo palpable y real, que la FNAC o El Corte Inglés o cualquier otra gran cadena de librerías lleva años imponiendo condiciones comerciales ventajosas para ellos y adversas para los pequeños libreros? Cabe, claro, que los editores reflexionen y que caigan en la cuenta que es ventajoso para todos que el tejido de librerías esté bien irrigado para que los libros lleguen a cualquier lugar, pero en absoluto podrá tratarse nunca de una obligación legislativa.

El pequeño librero independiente se enfrenta a multitud de problemas y su figura y su misión no serán nunca lo suficientemente reconocidas, pero se equivocan de enemigos y yerran en sus denuncias e imputaciones. La superproducción editorial, los márgenes de descuento, el trato desigual que les dispensan las grandes editoriales, el incremento del precio de los alquileres en los centros urbanos, la falta de lectores, la tecnificación cada vez más necesaria para gestionar el negocio son aspectos que deberán resolverse al margen de un fenómeno positivo e imparable, el de la digitalización y difusión públicas de los contenidos.

8:41 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

Pendencias y encontronazos sobre el futuro del libro

En la última conferencia anual de los editores del Reino Unido, la [PA's International Conference](#), celebrada el pasado 14 de diciembre, hubo opiniones encontradas sobre el futuro del libro, alguna de ellas interesante.

El semanario especializado [The Bookseller](#) lo titulaba así: [Clash over future of books](#), algo engañosamente, porque las opiniones aparentemente encontradas de los especialistas apuntaban, más bien, en un mismo sentido: el de la progresiva sustitución del libro tradicional y las librerías de "ladrillo y argamasa" por libros electrónicos y librerías virtuales. El más punzante y acertado de los intervinientes fue [Ray Hammond](#), futurólogo profesional entre cuyas áreas de adivinación se encuentran la del futuro del libro, el comercio electrónico o la generación de una economía del conocimiento colectiva en la Web 2.0. Sus argumentos, sin que ofreciera una reflexión sociológica o científica muy fundamentada, sí apuntan hacia tres cuestiones que ya han sido mencionadas previamente en este Blog: a) que los libros en papel convivirán con los libros que puedan descargarse de la red durante largo tiempo, sobre todo los de contenido literario, cuya naturaleza lineal y autosuficiente los hace más propensos a conformarse con sus límites actuales; b) que el crecimiento previsto en las descargas en los próximos cuatro años se situará en torno al 5% por ciento del total publicado, momento a partir del cual se prevé un crecimiento exponencial; c) que las librerías de "ladrillo y argamasa", las librerías físicas a las que acudimos habitualmente, serán cada vez más un escaparate al que vayamos a hojear (si es que no nos dejan hacerlo antes en la web) lo que luego encargaremos en una librería virtual.

Pero la mayor de las sorpresas, al menos para mí, fue cómo la argumentación de [John Sutherland](#), supuesto oponente, acabó siendo aún más taxativa y terminante que la de su contrincante intelectual: el hecho de que la mayoría de las editoriales pretendan contraatacar la ola digital mediante el lanzamiento de ediciones baratas y de bolsillo, no es otra cosa que una enana blanca -el [remanente estelar](#) que resulta del agotamiento del combustible nuclear de una [estrella](#), usando un símil astronómico- o la punta de un iceberg antes de derretirse completamente.

Se admiten apuestas.

12:50 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)

***Academic Publishing in Europe* o de cómo la edición científica es la locomotora digital de la red**

Entre los días 22 y 24 de enero de 2007 se celebra en Berlín el congreso internacional [Academic Publishing Europe](#), acontecimiento mucho más trascendental para la edición considerada tradicional de lo que los mismos editores pudieran pensar.

Internet nació, entre otras cosas, como vehículo de comunicación entre científicos, como red de intercambio de información y conocimientos especializados, como herramienta para que los científicos, avezados, pudieran prescindir de los servicios editoriales haciéndose con el control -utilizando la terminología marxista más rancia- de sus propios medios de producción. De aquel encuentro afortunado entre una necesidad presentida y estructural -comunicar rápidamente los descubrimientos a la comunidad que los comparte- y una tecnología que la satisfacía plenamente, más allá de lo concebible, se desató el fenómeno que todos conocemos, el de la edición digital de contenidos científicos en la web, una verdadera revolución editorial, equiparable a la que se viviera con la imprenta, que está transformando radicalmente los modelos y procedimientos editoriales propios y ajenos -basta con echar una ojeada a [PLOS](#), [Highwire Press](#), [ArXiv.org](#), etc.-.

En un artículo de hace ya bastante tiempo -[La locomotora digital: lo que las revistas científicas pueden hacer por el futuro de la edición](#)- pronosticaba esa tendencia que hoy, seis años después, es más vigente que nunca (y perdonarán el que me autocite pero sigo siendo el autor más interesante que conozco en esta materia).

No hacen bien los editores tradicionales en esconder la cabeza debajo del ala como si este gigantesco cambio no les incumbiera, porque de no comprender el fenómeno y tomar las decisiones que correspondan, podrían concretarse todos los temores que ahora les paralizan...

Sólo hay un bibliotecario catalán representando en uno de los paneles, el de [Books, Documents, Course Packs, Open Access & Licenses, Opening Hours, DOI](#). Si no podemos esperar interés, por ahora, de los editores tradicionales, ¿dónde están, al menos, los [editores universitarios](#)?

7:36 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(1\)](#)

Luces y sombras del Proyecto de ley "De la lectura, del libro y de las bibliotecas" (I)

Toda la comunidad editorial venía reclamando hace ya tiempo la renovación y puesta el día de una Ley del Libro envejecida y estrecha, propia de un contexto predigital, ignorante de los problemas estructurales que aquejan al sector y ajena a las preocupaciones del fomento de la lectura.

Bienvenido sea, cómo no, el esfuerzo por dar solución en una nueva [Ley del Libro](#) -que deberá ser todavía sometida a la aprobación del pleno del Congreso- a tres, al menos, de las grandes y complejas cuestiones que acucian al libro y a quienes viven de él y para él. No todo, claro, son luces o aciertos y, aunque no me atrevería a llamarlo desaciertos, sí es posible que algunos puntos hayan sido redactados con cierta tacañería o encogimiento, como dicen que les pasa a los jugadores de tenis cuando no extienden con la suficiente fuerza y desenvoltura el brazo al sacudir a la pelota.

La anterior [Ley del libro](#), casi preconstitucional, era predigital y en ella no podía haber otra concepción o definición del libro que no fuera la que se ajusta a su formato tradicional, la que se conforma con sus límites físicos, incapaz de prever, naturalmente, que llegaría un día en que esos contornos estallaran e hicieran completamente insuficiente la concepción y definición previas. La definición de [libro](#) que la RAE todavía proporciona es propia del siglo XV, porque se ajusta o se acomoda a su referente físico tradicional sin reparar en que una vez que un contenido se digitaliza y se convierte en una suerte de fluido transferible, transportable, fragmentable, divisible, recombinable y susceptible de ser editado en cualquier clase de soporte -en el propio papel pero, también, en cualquier clase de soporte preparado para albergar contenidos digitalizados-, sería inconsecuente conformarnos con una definición tan estrecha, como si intentáramos limitar la definición de automóvil a una sola marca.

La nueva Ley, consciente de la necesidad de expandir el alcance de la definición, propone la siguiente: "Libro: obra científica, literaria o de cualquier otra índole que constituye una publicación unitaria en uno o varios volúmenes y que puede aparecer impresa o en cualquier otro soporte susceptible de lectura. Se entienden incluidos en la definición de libro a los efectos de esta ley los libros electrónicos y los libros que se publiquen o se difundan por Internet o en otro soporte que pueda aparecer en el futuro, los materiales complementarios de carácter impreso, visual, audiovisual o sonoro que sean editados conjuntamente con el libro y que participen del carácter unitario del mismo, así como cualquier otra manifestación editorial".

Esta propuesta nos traslada, atinadamente, a un contexto editorial de plena actualidad, donde hablamos de contenidos y de canales de distribución -sean estos cuales sean-, donde los textos pueden fijarse de muy distintas formas y maneras, sin que sean mutuamente excluyentes, lo que obliga al editor actual a pensar desde el inicio en la manera más adecuada y pertinente de difundir la materia prima con la que trabaja.

Mi única objeción intelectual es, ¿de qué manera definimos, entonces, a una [obra colaborativa en línea](#) que no tiene fijación en papel y de la que no cabe decir, propiamente, que forma una publicación unitaria porque se expande inacabablemente por medio de los hiperenlaces? ¿Qué definición cabría dar a una obra que es fruto de la agregación o adición de fragmentos extraídos, a su vez, de otras obras inicialmente unitarias, como puede hacerse en [Safari Books](#) o en [Questia](#)? ¿Qué nombre le damos a un texto que haya sido generado a partir de la suma de fragmentos obtenidos mediante agregación RSS de muy diversas y heterogéneas fuentes? ¿Es un libro un microrelato enviado a un móvil? ¿Debemos inventarnos un nombre que abarque estas nuevas morfologías textuales o debemos extender el alcance semántico de un término que ya conocemos? Nada tan apasionante -ya lo sabían Adán y Eva- como dar nombre a las cosas.

Y, a propósito de bautizos y denominaciones: ¿cómo esperan, los redactores del borrador de la Ley del Libro, que utilizando la vigente normativa de Depósito Legal e ISBN (aun con trece cifras), quepa contener o designar los productos editoriales fruto de la sindicación, la agregación o las obras derivadas?

6:30 | gestionado por Joaquín Rodríguez | [Enviar comentario \(0\)](#)